

HACER DE NUESTRA VIDA UNA EUCARISTÍA

Los Ritos Finales de la Eucaristía consisten en la **oración de post-comunión, bendición y envío**. Damos gracias por la Comunión recibida y somos enviados al mundo, unidos a Jesucristo, para vivir con Él y desde su Amor nuestra vida cotidiana.

Después de celebrar la Santa Misa somos ahora invitados a **convertir nuestra vida en una Eucaristía**, donde la fuerza del Sacramento se prolonga en nuestro encuentro con los hermanos, el trabajo y las diferentes actividades del día a día.

¿Cuáles son los rasgos de la vida cristiana que hemos aprendido en la Eucaristía?

- **Somos una ofrenda agradable a Dios.** El Amor de Dios que hemos comulgado consagra ahora todo lo que hacemos y todo lo que somos. No importa tanto la cantidad sino la calidad. Estamos unidos a Jesús y vivir con amor cada cosa, por pequeña que sea, la convierte en una ofrenda agradable a Dios. Especialmente en las cruces del camino se nos ofrece la oportunidad de amar más, crecer en el Amor que hemos recibido en la Eucaristía.
- **Vivir en acción de gracias:** el corazón del cristiano, ungido por el Espíritu Santo en la Santa Misa, se convierte en un altar donde la acción de gracias es una oración continua. Dar gracias a Dios en lo bueno y también confiar en las dificultades, sabiendo que Él es capaz de sacar cosas mejores donde nosotros sólo vemos problemas. Es la mirada de la Fe que hemos aprendido en la Celebración: *damos gracias a Dios siempre y en todo lugar*.
- **Comunión con los hermanos:** la vida cotidiana es el terreno donde se pone en juego lo que hemos vivido en la Eucaristía. Ya los demás no pueden ser extraños sino hermanos, unidos en el mismo Jesús. Él nos ha convertido en familia y servidores unos de otros. Hacer sentir bien a los que nos rodean, la palabra amable, la sonrisa, la cercanía, el perdón, son signos de esta nueva forma de relación que el Señor regala en la Celebración y que ahora se prolonga en el encuentro fuera del Templo.
- **Alegría:** un fruto fundamental de la resurrección de Jesús es la alegría. Una alegría que no viene de que todo salga bien sino de la fe en el Señor. Él está vivo y ha vencido a todos nuestros enemigos. Estamos en sus manos. Desde la alegría podemos amar mejor y recibir todo como un regalo de Dios. Esa alegría es contagiosa, y en nuestros tiempos, es un apostolado precioso para que los que viven lejos de Dios se acerquen a Él. ¡Alegraos en el Señor!

La Eucaristía ha renovado en nuestros corazones nuestra vocación misionera. Somos enviados para ser testigos de la muerte y la resurrección de Jesús, testigos de un Amor inmenso que nos salva de todas las situaciones que amenazan la paz y el gozo. Como los primeros discípulos al contemplar al Señor resucitado, somos sacados de nosotros mismos para comunicar a los demás Algo grande, que sucede diariamente cada vez que nos reunimos a celebrar la Cena del Señor.

Somos bendecidos...para bendecir a los demás.

Somos bendecidos...para ser pan partido y compartido.

Somos bendecidos...para ser instrumentos de perdón y concordia.

Somos bendecidos...para ser misioneros de la alegría.

Somos bendecidos...para compartir buenas noticias.

Somos bendecidos...para vencer el mal a fuerza de bien.

Somos bendecidos...para consolar y acompañar en el dolor.

Somos bendecidos...para convertirnos en amigos y compañeros de camino de los que nos rodean.

Somos bendecidos... para abrazar.

Somos bendecidos... para servir a Jesús en el necesitado.

Somos bendecidos...para decir palabras de esperanza.

Somos bendecidos...para sembrar en el mundo el Fuego del Amor de Dios.

